

MI LADY WILKINSON

Le envié un mensaje de texto esa misma noche: le decía que me quedaría cinco días y le preguntaba cómo deseaba emplear ese tiempo.

Apenas me dio tiempo a dejar el teléfono.

Menos de dos minutos después llegó su respuesta.

“Mañana por la mañana, a las once.

Aquí, en mi villa de Eaton.

Tomaremos un té inglés.

Dígame dónde se aloja.

Le daré la dirección a mi chófer y él pasará a recogerle”.

Sonreí.

La organización era militar.

La elegancia era británica.

La invitación era imposible de rechazar.

Contesté de inmediato.

“A las 10:30 estaré delante del hotel Four Seasons.

Me alojo cerca.

Iré andando”.

Después me quedé unos instantes mirando el mensaje antes de enviar otro.

Aquel encuentro me tenía de verdad implicado.

Quizá más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Tenía la sensación de estar preparándome para una ceremonia sin Maestro.

Al día siguiente los dos llegamos a la hora exacta.

El chófer se llamaba Dominique.

Era de origen francés.

Cortés.

Discreto.

De una educación perfecta.

Mientras recorríamos aquellas calles me invadió una sensación extraña.

Era como si ya hubiera estado allí.

La memoria me llevó de golpe a 1993.

El mismo lugar.

Con un antiguo compañero de Gillette.

Pensé que era una simple coincidencia.

Uno de esos regalos que la vida ofrece a veces sin que nadie se los pida.

Entré en el castillo.

Ella seguía llamándolo villa, por su natural sentido de la modestia.

Para mí era un castillo.

El segundo que visitaba en mi vida.

El primero había sido el castillo de Bran, en Transilvania.

Había ido allí a conocer a una directora extraordinaria, una mujer magnífica que hospedaba al conde Vlad, más conocido como Drácula el Empalador.

Encontré a Maggy sentada en un sillón, junto al sofá.

Me recibió con calidez.

Por instinto, busqué su mano para besársela.

Ella, en cambio, adoptó el protocolo francés.

Tres besos.

Éramos sencillamente dos personas separadas por generaciones y unidas por una historia que ninguno de los dos había terminado aún de contar.

Y, por primera vez desde mi llegada, Londres dejó de parecerme una ciudad.

Me pareció un destino.

Le dije que, hasta donde yo sabía, el ritual inglés del té correspondía a las cinco de la tarde.

Al menos eso me habían enseñado en la escuela.

A las once de la mañana, en cambio, no alcanzaba a entender qué había cambiado.

Sonrió.

Luego contestó con el aplomo que solo tienen quienes han vivido lo bastante para no necesitar ya convencer a nadie.

“Los ingleses toman té siempre que parecen estar descansando.

En realidad, es el momento en que piensan.

Es el momento en que toman decisiones.

No hay una hora fija.

El té de las cinco no es más que un formato que alguien institucionalizó para justificar una pausa en el trabajo”.

La escuché sin interrumpirla.

Era una mujer fuerte.

Firme.

Decidida.

Elegante.

Incansable.

Inflexible.

Estaba hecha de acero.

Como sus espadas.

Era Maggy.

Era mi Lady Wilkinson.

Ferdinando